

ESTATUA–MENHIR DE VILAR DE SANTOS

Pieza vinculada a prácticas de protección y fecundación del ganado y atribuible a la Edad del Bronce.

En marzo del año mil novecientos ochenta y dos, un colaborador del Museo nos pasó información acerca de la existencia de una posible estela o nuevo miliario en Vilar de Santos, formando parte del muro de cierre de una parcela. La información nos llevó a buscar su localización y, de ser posible, su recogida y traslado al Museo, hechos que resultaron factibles, años después, por las gestiones y disposición de don Xosé Antón Jardón Dacal.

La pieza es un bloque granítico, de ciento cincuenta y seis cm. de altura, de sección oblonga, con dimensiones máximas de 52 cm. de frente y de 36 cm. de cumplimiento, y un perímetro máximo de 156 cm. En la parte superior, se dispone, sobresaliendo, una prominencia redondeada, a manera de cabeza, que tiene en una de sus caras una oquedad, reforzando su aspecto antropomorfo. Una escotadura marcada, de diez centímetros de altura y a cincuenta de su parte inferior, sirve para realzar su imagen humana con los brazos pegados al cuerpo. La superficie es lisa, más desgastada y alisada por la parte trasera y lateral izquierda, que en el momento de su localización daban hacia el camino, mientras que el frente es más sobresaliente. Es necesario, destacar la presencia de una oquedad en la extremidad distal que semeja la cabeza, otra en el pecho, una tenue incisión continua en el cuello, que llega hasta la oquedad del pecho, otra que semeja un machado plano en un lateral, y el rebaje central que marca el final de las extremidades superiores.

Cuando se descubrió formaba parte del muro de cierre de una parcela, en la orilla de un camino, a unos 50 metros de una encrucijada, y no muy lejos de la traza que en aquellos parajes sigue la vía romana, conocida como vía XVIII, de Bracara a Astúrica, de la que, en este tramo, se conservan trazas y se han localizado diversos miliarios, razón por la que en un primer momento se pensó que fuera uno más a añadir a la serie de los conocidos en el sector, aunque tras su reconocimiento se descartara la relación. Se trata de una zona de vega, abierta y amplia, en la que no se distinguen restos de monumentos megalíticos o de otro tipo que no sea la ya citada vía romana.

A pesar de su situación, la piedra tenía un cierto reconocimiento en la zona, ya que era tradición que las vacas cuando pasaban a su lado se restregasen contra ella cuando estaban preñadas lo que era buen síntoma para un nacimiento venturoso. Este hecho de restregarse los animales se aprecia en la pieza que tiene, como consecuencia, un sector bien pulido en la trasera y en la parte lateral de la izquierda. El reconocimiento de esa tradición singular dio pie a que se planteasen ciertas reticencias para que la pieza ingresara en el Museo, que fueron resueltas eficazmente por las buenas gestiones ya citadas. Por otra parte, esta singularidad, entronca la pieza con otros elementos semejantes y bien conocidos de piedras protectoras y favorecedoras, que fueron estudiadas por Taboada Chivite en su discurso de ingreso en la Real Academia Gallega o por Fraguas Fraguas en su *Galicia insólita*.

Las características morfológicas de la pieza nos llevaron a identificarla como una estatua-menhir, atribuible al ámbito cronológico cultural de la edad de bronce, de la que conocemos algunos otros monumentos próximos de similar tipología.

Como ya tuvimos oportunidad de señalar en alguna ocasión anterior, como por ejemplo en la presentación de la estela funeraria romana de Muíño de San Pedro, es necesario establecer una diferenciación conceptual entre una laja antropomorfa, una estela y una estatua-menhir, aunque todas tengan en común el predominio de la verticalidad.

La estela se vincula claramente a un monumento conmemorativo, evocador o señalizador de alguna circunstancia o realidad. La laja antropomorfa es un monolito que conserva básicamente la forma originaria de la piedra, aunque se perfila el contorno de una figura humana. La estatua-menhir, por su parte, nos aparece como una pieza adaptada para ser contemplada por cualquiera que la vea, con formas subsidiarias, pero diferenciadas, de su bloque originario, y que puede responder a la silueta del cuerpo humano más o menos completamente figurado o sugerido.

De acuerdo con estas caracterizaciones, la pieza de Vilar de Santos se encuadra a medio camino entre la laja antropomorfa y la estatua-menhir, aunque responde mejor a la segunda por su concepción volumétrica, la diferencia frente-trasera, y la aparición de rasgos definidores que exceden las características originarias del bloque.

Otro aspecto a considerar es la relación con monumentos similares y próximos.

No abundan en Galicia los menhires ni las estatuas menhires; de aquellos los más conocidos como la Lapa de Gargantans, el menhir de Corrubedo, se alejan mucho de nuestro modelo. Por el contrario, en el ámbito inmediato del norte de Portugal, de los tres grupos en los que articuló la compleja problemática de las estatuas menhires de la zona Susana Oliveira Jorge, pensamos que nuestra pieza se encuadraría en el grupo menos definido, al que respondería el ejemplar de Boulhousa, aunque se aleja de él en la carencia de decoración y la forma más redondeada de la prominencia superior. Pero aún se separa más de los modelos de su segundo grupo, el de las estelas menhir de Faiões, de Chaves, Porto, A Bouça, o incluso del recientemente descubierto en Tameiron, que tienen en común los rasgos decorativos, una estructura formal semejante y la presencia de elementos que cabe interpretar cronológicamente con cierta precisión, y también de los del primero, como los menhires de Luzim, Moncorvo, Quinta do Couquinho o Cabeço da Mina.

Finalmente, es necesario abrir el debate de su cronología. La carencia de elementos de atribución precisa, nos llevan a sugerir distintos momentos.

Las características de la representación nos hacen pensar en la cronología atribuida, pero existen elementos que pueden abrir nuevas perspectivas. El debate suscitado en su día por las piezas de Troitosende, su comparación con la pieza de la Corona de Reigosa o las de Ouzande y Paradela, que presentó Vázquez Varela, nos obligan a tomar con prudencia la atribución ante la carencia de un contexto arqueológico definido, pero la posterior definición de los grupos geográficamente más próximos nos inclinan a pensar que nos encontramos ante una pieza encuadrable dentro del mundo de la Edad del Bronce, mejor que cualquier otro, dentro de la tradición calcolítica mediterránea.